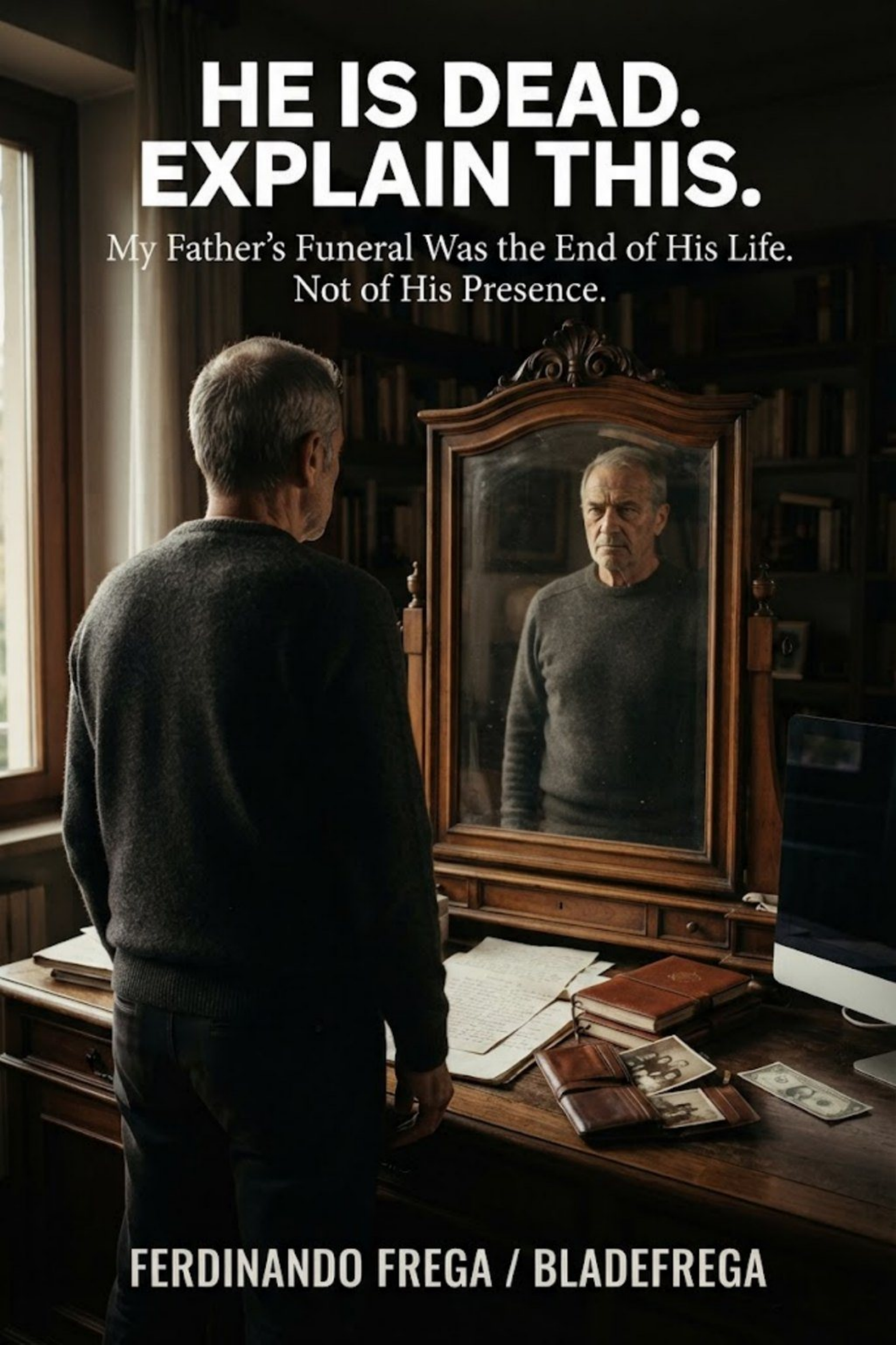
HE IS DEAD. EXPLAIN THIS.

My Father's Funeral Was the End of His Life.
Not of His Presence.



FERDINANDO FREGA / BLADEFREGA

ESTÁ MUERTO. EXPLICA ESTO.

El funeral de mi padre fue el final de su vida. No de su presencia.

Mi padre murió.

Eso no es una teoría.

Hubo un funeral.

Hubo un ataúd.

Hubo un cementerio.

Hubo parientes que estrechaban manos, que hablaban en voz baja, que repetían las mismas frases que la gente repite desde hace siglos cuando ya no le queda nada útil que decir.

Él tenía setenta y nueve años.

Yo, sesenta.

Las matemáticas de la muerte estaban perfectamente claras.

Lo que vino después, no.

Durante un año me comporté como lo haría cualquier hombre razonable.

Lo lloré.

Lo recordé.

Lo eché de menos.

A veces hablaba de él.

Casi siempre, no.

La vida, como un acreedor paciente, venía cada mañana a cobrar lo suyo.

Facturas.

Trabajo.

Familia.

Responsabilidades.

Los días se hicieron semanas.

Las semanas se hicieron meses.

Luego algo cambió.

No de golpe.

No de forma dramática.

En silencio.

Como aparece el óxido en el hierro.

Como entra el alba en una habitación.

Como un hijo descubre que el tiempo ha estado trabajando en él sin permiso.

Empecé a beber un vaso de vino en el almuerzo.

Mi padre lo hacía.

Me entró una obsesión por las guindillas.

A mi padre le encantaban.

Apareció una tos persistente.

La misma tos irritante que él se había pasado años fingiendo no tener.

Luego llegaron las bromas.

La misma ironía seca.

El mismo sentido del ritmo.

La misma costumbre de sonreír antes de soltar el remate.

Una noche sorprendí mi reflejo en un espejo.

Por un momento me reí.

Luego dejé de reír.

Reconocí la cara.

Pero no reconocí al hombre.

No sé explicar esa sensación mejor que así:

Era exactamente igual que yo.

Y, sin embargo, parecía que allí había otro.

Ese fue el principio.

O quizá había empezado mucho antes y yo, sencillamente, no me había dado cuenta.

Más o menos por entonces ocurrió otra cosa.

El 9 de junio de 2026 me senté delante del ordenador para renovar un viejo sitio de WordPress.

Ese era el plan.

Un simple trámite administrativo.

Una de esas tareas aburridas que los adultos cumplen porque la realidad se empeña en existir.

En lugar de eso, compré un dominio nuevo.

Gillettenarrative.com.

Me inventé un nombre.

Luego empecé a construir algo que nadie me había pedido que construyera.

Lo extraño no era el trabajo.

Lo extraño era el propósito.

No intentaba vender nada.

No estaba montando un negocio.

No andaba detrás de inversores.

No buscaba aprobación.

Lo estaba regalando todo.

Cuanto más trabajaba, menos racional se volvía.

Diez horas al día.

Doce.

Quince.

Veinte.

Si la obsesión tuviera una oficina, yo me había convertido en su encargado del turno de noche.

Aun así, seguí.

Entonces Bing hizo algo inesperado.

Uno de mis textos apareció el primero en una búsqueda sobre Gillette.

Mi familia lo llamó suerte.

Una coincidencia.

Un accidente.

Les di la razón.

Justo antes de ponerlo a prueba.

Publiqué otro trabajo.

Volvió a ocurrir.

Luego otro.

Otra vez.

Al final, hasta la coincidencia empezó a exigir una explicación.

A mi cuñado le preocupaban los abogados.

A mí me preocupaba entender qué estaba pasando.

Son dos preocupaciones muy distintas.

Una teme las consecuencias.

La otra busca las causas.

Yo siempre he preferido las causas.

Pero mientras perseguía respuestas, mi cuerpo entró en la conversación.

Primero una glándula inflamada.

Luego un absceso dental.

Luego dolor de espalda.

Luego dolor en las piernas.

Un síntoma tras otro.

Nada catastrófico.

Nada dramático.

Lo justo para que un hombre preste atención.

Un día, buscando en el sótano un viejo ratón de ordenador, encontré una fotografía de mi abuela.

La madre de mi padre.

No la estaba buscando.

Y, sin embargo, allí estaba.

Esperando dentro de una caja olvidada.

Guardé la fotografía en la cartera.

No porque tuviera un motivo.

Porque no tenía ningún motivo para no hacerlo.

Más tarde intenté explicarle algunas de estas cosas a mi mujer.

Me escuchó con atención.

Luego pidió cita con un psiquiatra.

Me pareció una reacción perfectamente razonable.

La verdad es que yo, probablemente, habría hecho lo mismo.

Porque para entonces una pregunta había empezado a ocuparme la cabeza.

Una pregunta peligrosa.

No porque tuviera respuesta.

Porque no la tenía.

¿Qué sobrevive exactamente cuando una persona muere?

No legalmente.

No biológicamente.

No religiosamente.

Humanamente.

¿Una voz?

¿Una costumbre?

¿Un recuerdo?

¿Un gesto?

¿El gusto por el vino?

¿Una sonrisa?

¿Puede un padre desaparecer y seguir presente dentro de la arquitectura de otra vida?

No lo sé.

Solo sé lo que ocurrió.

Cuanto más buscaba a mi padre, menos lo encontraba en los cementerios.

Más lo encontraba en mí.

Con el tiempo, los problemas físicos remitieron.

Ajo.

Alubias.

Arroz.

Largos paseos.

Tiempo.

El cuerpo se recuperó.

Las preguntas se quedaron.

Una tarde salí de casa con un dólar en el bolsillo.

Un dólar era todo lo que quedaba de los setenta con los que había contado para sobrevivir el resto del mes.

Por suerte, mi despensa era más rica que mi cartera.

Arroz.

Alubias.

Cebollas.

Ajo.

Lo suficiente para mantener vivo a un hombre.

No lo suficiente para impresionar a nadie.

En la calle me crucé con dos ancianos.

Pobres.

Dignos.

Invisibles, como tantas veces se vuelven los viejos.

No pidieron dinero.

No pidieron ayuda.

Simplemente existían.

Les di mi último dólar.

“No lo discutan”, dije.

“Si no pueden gastarlo, quizá les traiga suerte”.

Se rieron.

Me alejé.

A los pocos metros, uno de ellos me llamó.

“Eh, buen hombre”.

Me volví.

Sonrió.

Luego dijo algo que no he olvidado nunca.

“Todo lo que se vive puede contarse por una sola razón.

Porque ocurrió”.

Luego se marchó.

No volví a verlo.

La gente suele buscar a Dios cuando la vida se pone difícil.

Yo rara vez lo hago.

No porque lo rechace.

Porque nunca se me ha dado muy bien buscar.

Prefiero observar.

Mirar.

Prestar atención.

Fijarme bien en las cosas que la mayoría descarta.

Una coincidencia.

Una fotografía.

Una sonrisa.

Un padre muerto que aparece dentro de las costumbres de su hijo vivo.

Mi padre murió.

Lo sé.

El funeral lo demostró.

El ataúd lo demostró.

El cementerio lo demostró.

Pero si la muerte acabó con su vida, no acabó con su presencia.

Y si no estás de acuerdo, es perfectamente aceptable.

No te pido que me creas.

Solo te hago la misma pregunta que me hice yo.

Está muerto.

Explica esto.

Ferdinando